

La Voz de Guipúzcoa

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

San Sebastián: tres meses, 4 pesetas.—Provincias: tres meses, 4,50 pesetas.—Estranjero: tres meses, 5 pesetas.—Ano: 30 pesetas.—Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.

San Sebastián.—Lunes 6 de Noviembre 1893.

REDACCION: ECHAIDE, 6, BAJO.
TELEFONO NUMERO 24.

PRECIOS DE INSERCIÓN

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anexo a los prefrentes 20 cént. la línea.—Gacetas, 50 cént.—Anuncios en la primera plana 1 peseta comunicados a precios convencionales, de 1 a 25 puestas líneas.

LA CATÁSTROFE DE SANTANDER.

Nuestro suplemento de ayer

Ayer por la tarde publicamos el siguiente suplemento:
El vapor «Cabo Machichaco», de fuerte tonelaje, perteneciente a la Compañía de Ibarra (antes «Vasco-Andaluz») había llegado de Bilbao días atrás, y después de cumplir la cuarentena en el lazareto, acababa de atracar al primer muelle de los de Maliaño, donde estaba desembarcando la parte de carga consignada a este puerto.
A eso de las dos de la tarde se inició fuego a bordo,—hacia la sección de proa,—que adquirió grandes proporciones en seguida.

Allá acudieron inmediatamente, además de su consignatario (don Aurelio Martínez Zorrilla) con otros dependientes de la Casa, las autoridades todas de Marina (Comandante don Pedro Doménguez, Comandante segundo don José González de la Rasilla, Ayudante don Manuel Conde, Ingeniero de Obras del Puerto don Ricardo Sáenz Santa María con su ayudante señor Delgrás y otros subalternos; señor Gobernador de la provincia don Manuel Somoza de la Peña; Gobernador militar de la Plaza y Jefe de la zona señor Mangas; coronel del regimiento de Burgos señor Sans, etc. etc., con infinito número de espectadores; tomando los primeros de aquellos las oportunas disposiciones para la extinción del fuego. A este fin acudió también, además de la lancha de vapor «Julietta», del almirante de las Obras del Puerto y el de la aguada de buques, el gángul «San Emeterio», dispuesto para remolcar el buque incendiado hasta el medio de la bahía ó fuera de ella el vaporcito «Santander», auxiliar de la Compañía Transatlántica con el capitán inspector de la misma señor Cimiano, el capitán don Alfonso XIII don Francisco Jaureguizar, el oficial primero de ese buque D. Norberto Iglesias, y numerosísimo personal de la tripulación; atracando al costado del «Cabo Machichaco», juntamente con los dos citados algibes, y lancha «Julietta», ó dando otras órdenes en el muelle, las mencionadas autoridades de Marina é ingeniero de la Junta del Puerto.

Así transcurrieron una ó dos horas, y entonces, como el fuego iba adquiriendo mayores proporciones, cubriendo la atmósfera inmensa nube de humo que entró a la luz del sol poniente, se pensó y aún comenzó á sumergirse el barco abriendo los grifos de fondo; y activándose todo lo posible la descarga de suerte, que quedó el buque algo tumbado sobre la banda de estribor y como recostado sobre el muelle.

A las cuatro y media las llamas seguían ganando terreno.

Ya habían sido descargadas sobre el muelle 14 cajas de dinamita destinadas a quemar el «Santander».

Corre por muy válida la versión,—y esto es horrendo!—de que insistientemente incitaron, tanto las autoridades citadas como el ingeniero del puerto, al capitán del buque á que declarase si quedaba ó no á bordo más dinamita que pudiera llevar consignada á otros puertos y que el capitán, interesado acaso por evitar gastos y trastornos a la empresa naviera, confiado tal vez en la gran idea de que la dinamita no explota por combustión, sino por percusión, negociación y reiteradamente, esta circunstancia que iba á ocasionar al poco rato la más espantosa de las catástrofes, que en otro caso atraería tremendas responsabilidades sobre los funcionarios encargados del régimen del movimiento y tráfico mercantil en el puerto; que tal vez en los primeros momentos del sentir unánime expresado en medio de las lamentaciones y espasmo general.

Sea el que fuera á quien haya de imputarse la culpa, Dios, en su misericordia infinita, le habrá perdonado si en su seno le ha acogido; pero si llegara á averiguarse la exactitud, siquiera la persuasión fundada, de que alguien que dependiera de la Compañía armadora, en incomprensible obcecación por un mal entendido y envidia, en este caso, por los intereses de aquella, dió lugar al horrendo cúmulo de desgracias que loramos; entonces ¡ah! debe haber en el Código penal, en el Civil, en el de Comercio, y, si no le hay, seguramente, en el de la conciencia universal, algún artículo ó prescripción que haga a la Compañía de Navegación Ibarra, subsidiariamente responsable de tantas desdichas.

¿Qué ocurrió entonces?
Eran las cinco menos cuarto, próximamente; súbito resplandor brilló por cima de toda la ciudad seguido de horrida detonación, como si hubieran estallado, á un tiempo, cien volcanes; densa nube de humo anticipó al anochecer, y permaneció en lo alto, destacándose por breve sobre su fondo oscuro, pavor, multitud de objetos que volaban por el espacio; eran casi todos los que constituían la sección superior de proa y centro del barco: bacos enormes, pesadas planchas de hierro, la chimenea, anclas, cadenas... cadáveres enteros horriblemente desmembrados, yendo alguno de ellos á caer á

más de un centenar de metros de distancia. Medio cuerpo fué proyectado con tal violencia, que á través de la vidriera del Hotel Continental, establecido en la casa número 1 de la calle de Méndez Núñez, penetró en el comedor situado en la planta baja.

Los muertos

Se ha visto en el sitio de la ocurrencia los cadáveres de las siguientes personas:

Don Manuel Somoza, gobernador civil de la provincia (norme brecha en el cráneo); D. José González de la Rasilla, seneo); D. José González de Marina, (destrozando comandante del «Santar», herido de la cabeza); D. Manuel Somoza y su hijo (separada del tronco la cabeza); don Emilio Corpas, farmacéutico; don Antonio Echaide, abogado fiscal de la Audiencia (sin lesión ninguna aparente, descalzo un pie con la bota al lado, calzados los guantes en ambas manos); marqués de Casa-Pombo, arrojado desde el puente del barco sobre una estiva de maderas, como á cincuenta metros; D. Julián Gurtubay, una señora cuyo nombre ignoramos, cortado un brazo á raíz del hombro, descalzo los pies y los zapatos cerca de ella; un hijo de D. Matías Dou; un joven apellidado Rasilla; un tal Marcelino, capataz del muelle; un sargento de infantería de marina (partido el cuerpo por el medio); D. José Mier; señor Guillarte, médico de Sanidad marítima; un hijo del Sr. Solle; D. Luis Martínez Peñaalzar; los guardias municipales Mitjans y Campolla; D. Manuel Conde, ayudante de la comandancia de Marina; un hijo del Sr. Zaldivar; don M. Rumbay; D. Eduardo Gassis; el guarda de cañerías de la sociedad de aguas Alfonso N. En el mismo lugar de la ocurrencia vimos

en la cabeza, manos y un ojo, que aun que leve al principio al parecer, algo agravado después; don Julián Fresno, fractura del tarcaparrón y próstata; el primer jefe de estación; el de la policía municipal, en una pierna; don Aristides Pardo, (idem); don Alejandro Martín, juez de primera instancia (leve); un hijo de don Simón Regillón, arrancado un pie, cuya falta, aturdo, no advirtió hasta que echó á andar y cayó al suelo; Marcelino Cocin, teniente del regimiento de Andalucía, en la cabeza; don Valentín Cuervas Mons (fracturado un brazo); señora viuda de don Jacinto Noriega (graves heridas) con pérdida de un brazo; don José Castillo (leve); el joven don Casimiro Solano; el coronel de la zona y comandante de la plaza señor Mangas; el niño Agustín Torrejeda; el joven señor Hortiguella, hermano del pianista que cayó sobre un tejado sin sufrir apenas daño; una niña del señor Ferrer; primero y segundo inspector de orden público, ambos contusos; un señor sacerdote que cecorando sangre de la cabeza, prestaba los últimos auxilios á un moribundo apoyado en sus rodillas; una mujer frente á la Cruz Blanca, arrancado de enjajo un brazo; el Comisionado del «Heraldo de Madrid», pariente del señor don C. Campu Guertea, herido levemente en un brazo; el joven don Valentín Bolado, en una pierna cuya amputación iban á proceder anoche los facultativos señores Oría y Fernandez. Un niño herido intensamente en un pie hallándose en un portal de una casa don Abiceto González, fotografiado (dos heridas en la espalda); don Gerardo Resaca (en la cabeza y brazo); don Pedro Busch, (en la cabeza); Aurelio Martínez Zorrilla, (leve); el capitán de la Transatlántica, señor San Emeterio (en un dedo); doña Josefa Aja, vi-

barrio, rompiendo los cristales de una ventana y un espejo.

En el Prado de San Roque, situado también al extremo Norte, cayó el cepo de un ancla.

A las doce de la noche han llegado 18 guardias civiles, procedentes de los puertos de Torrelavega y Barcelona.

Mañana celebrarán una reunión privada los diputados provinciales, para adoptar acuerdos relacionados con la inmensa desgracia de que Santander ha sido víctima.

El coronel de la zona, señor Mangas, arrojado al agua, salió á nado. Sufría una contusión.

El «Machichaco» iba á salir á las cinco de la tarde.

Suspendidos hasta hoy la extracción de los cadáveres, del buque y demás en barcaciones sumergidas.

Debe haber presenciado, con toda la gente, un «Corcoenera» atracado á dicho vapor.

Según personas llegadas ayer de Torrelavega, la detonación se oyó allí, distinguiéndose la columna de humo. Al poco de empezar á llegar heridos á la Casa de socorro acudió allí el señor Obispo, con otros sacerdotes, prestando todos auxilios espirituales á aquellos cuya gravedad lo exigía. Lo propio hicieron los señores párrocos y coadjutores de Santa Lucía, la Concepción, y suponemos que también los de las demás iglesias.

Un brazo y la caña de un ancla, como de ocho quintales, arrancó uno de los balcones de la casa número 2, del Puente, retirándole y arrojándolo á la calle donde la uña del ancla produjo una ancha excavación en que quedó clavada.

Cuatro ó cinco horas después de la explosión muchas piezas arrancadas del buque y sembradas por todas las calles, estaban candentes.

—Se ha dispuesto que por de pronto se abran inmediatamente doscientas sepulturas en el cementerio de Ciriego.

El incendio

Por consecuencia de las materias incandescentes lanzadas á gran altura, por la fuerza expansiva de la enorme cantidad de dinamita que existía a bordo del «Cabo Machichaco» una de las casas de la manzana Sur de la calle de Méndez Núñez comenzó á arder por el tejado propagándose el incendio á las casas inmediatas de una y otra cara. Y como todos los vecinos de aquella zona habían huido desaserrados, descalzo por el frío, corriendo y arrojándose a la calle, corrían igualmente ávidos para averiguar el paradero de personas queridas cuya suerte les angustiaba, y los otros por conocer las causas y los efectos de la horrible catástrofe que presentaban, siendo muchos los que huýeron á refugiarse á los pueblos y barrios exteriores de la ciudad, ante el temor de nueva explosión; ni unos ni otros atenderon, ni se preocuparon del incendio, que al principio se desarrolló en forma de columna, venía á quedar reducido á un mero incidente, y que alcanzó pronto imponente incremento, corriendose de la casa en que hubo de dar principio á la contigua, y más tarde á la del frente, en la misma calle, corriendose con rapidez por toda la manzana.

Á las cinco y media quedaba cortado el incendio en la casa número 6 de la manzana Sur y en la del Norte; resultado debido en gran parte al esfuerzo de las brigadas del Valle de Igüña y Torrelavegas dirigida la primera por nuestro particular amigo D. Luis Bustamante cuya herica conducta es ciertamente digna de la gratitud.

En la acera izquierda se han quemado por completo las casas comprendidas entre los números 15 y 17, y en la de la derecha desde el número 8 hasta el final de la calle.

Después de la catástrofe

No hay finta en la palabra humana para el cuadro de desolación que presenta Santander después de la explosión del vapor «Cabo Machichaco».

La noche se empeñaba inutilmente en cubrir con sudario de sombras los cadáveres que yacían en la machina ó muelle de Maliaño; el incendio que devoraba en enormes llamaradas el barrio entero de Méndez Núñez mantenía sus sinuosos esplendores á iluminar aquel hacimiento de muertos y de heridos incontables.

Los deudos y amigos pasaban por entre ellos buscando á los suyos, y entre gritos de dolor y ayos de desoladas en quietudes iban y venían mirando á unos y á otros, registrando por todas partes y asomándose al borde del muelle inquirían el fondo de las aguas emnegrecidas por la formidable explosión.

No es posible referir las escenas de dolor sublime, de exaltación del infortunio, de tribulación infinita de que fueron testigos.

Allí vimos á distinguida señora que buscaba á su esposo y con sus manos revolvía los heridos y los muertos.

Acá en en la población las gentes corrían por todas partes, sólo se oían gritos de dolor, llanto de muchachos, apenas habían algunos que no buscaban á su esposo, á su hermano, á sus hijos; porque al sitio del

sinestro habian acudido durante la tarde, para presenciar el incendio del «Machichaco», millares de personas y era conata la familia que no tuviera ó creyera tener en aquel lugar alguno de los suyos.

Las calles estaban cubiertas de vidrios porque no quedó un edificio, ni en los barrios más apartados, donde la trepidación, como de terrible terremoto, no quebrase los de todos los balcones y ventanas y hasta de los patios interiores.

Los cables del teléfono sueltos en el suelo y las corrientes eléctricas llameaban al pasar las gentes y los carnales, produciéndose con tal motivo no pocos sustos y alarmas de horror; cualquier accidente hacia temer, á los ánimos impresionados, que se repitiera la catástrofe, diciéndose que aun quedaban en el buque más cajas de dinamita.

Las camillas unas tras otras desde Maliaño á la Casa de socorro, al hospital y al depósito.

En la Casa de socorro el obispo admitiendo la Extrema Unción; en Maliaño un sacerdote herido que auxiliaba á un agonizante, y en el Hospital, la Caridad, la misma Caridad, prestando sus consuelos con abnegación superior á todo elogio á los que sin cesar llegaban á aquel asilo.

Á la hora en que escribimos,—las tres de la madrugada,—Santander parece una plaza bombardeada; soledad de duelo en las calles y por todas partes, hasta el Prado de San Roque (en el Alca) se encuentran pedruzcos de hierro, cuclillas, hnos y material de construcción que portaba el barco y cuyas piezas lanzadas á enormes distancias dan la más justa medida de lo terrible de lo inmensamente extraordinario y horroroso de la explosión.

Ante la desgracia, ante el gran duelo de Santander, que escribirá esta fecha, «¡a-píd-negro», no acierta el cerebro á ordenar las impresiones que llenan el corazón, las profundas tristezas. Acudamos todos á aliviar los sufrimientos de los vivos, y pidamos al cielo que dé en su seno paz á los muertos.

Relato

de un testigo presencial

Un testigo presencial de la catástrofe, refirió lo siguiente:
A las doce y media se inició el incendio en el «Cabo Machichaco», cuya tripulación comenzó enseguida á practicar los trabajos para extinguirlo.

Multitud de personas se presentaron inmediatamente en el muelle, llevando 1.700 cajas de dinamita, y entonces la gente echó á correr, pero regresaron muchos cuando alguien les dijo que el dinamita había sido desembarcada en el muelle.

A las cuatro y media se oyó una explosión horrible acompañada de los ayos de los que morían.

La persona que nos comunicó estas noticias se hallaba en la calle de San Francisco. A poca distancia del muelle. Corrió desolado hacia este y no vió más que cadáveres y personas heridas á las cuales trató de auxiliar, pero no pudo hacerlo porque se lo impedía el terror.

Lo que se libraron de la catástrofe corrían por las calles como locos, sin darse cuenta de lo que había sucedido.

Personas que estuvieron cerca del lugar de la catástrofe refirieron que al hacer explosión la voz de que el buque se elevó á más de 50 metros de altura y reventó.

Muchas cajas de dinamita que no hicieron explosión en el momento, fueron á caer, á gran distancia, encima de los tejados de las casas, á los cuales comunicaron el incendio.

La calle de Méndez Núñez estaba ardiendo por los dos extremos. Las casas de otras calles bastante alejadas del muelle donde ocurrió la catástrofe se hallaban totalmente destruidas.

Ayer mañana había en el depósito de cadáveres más de 400 muertos. Creíase que entre los escombros había otros doscientos.

Casi todas las personas que había en el muelle perecieron á consecuencia de la explosión.

Algunas que se arrojaron al mar para salvarse perecieron ahogadas.

Una lancha del «Alfonso XIII», que conduca por la bahía á varios oficiales de dicho buque con sus señoras, quedó destruida completamente, pereciendo todas las personas que en ella iban.

El almacén de la Tabacalera en el que había grandes cantidades de tabaco quedó destruido.

También quedaron destruidos otros muchos edificios.

Parece que la catedral ha quedado resacaada.

Los cristales de varios edificios de Santandier quedaron hechos añicos.

El «Fernandez Sanz»
Aver á las seis y media de la mañana fondeó en este puerto el vapor «Fernandez Sanz», cuyos tripulantes han sido testigos presenciales de la terrible catástrofe ocurrida en Santander.

El «Fernandez Sanz» halló base atracado al muelle de «Los Corcoenera», distante unos 400 metros del muelle saliente número 1 de «Maliaño», donde se encon-



da de Zumelzu; otra señora (partido el brazo por la rótula, caminando con gran entereza); don Vicente Segura (rota una pierna); el joven don José Resines, hijo del jefe del Depósito de Tabacos (un brazo roto); niñas de don Mario Martínez Peñaalzar; don Francisco Aparicio; muchos heridos entre los voluntarios venidos a ayudar en el vapor de Cuba; don Pablo María Martínez, don Lorenzo Blanchard (en un mano); T. Menocal; don Fernin San Miguel, dislocado en un brazo, quedando además sordo y ciego; Cándido Ruiz; don Santos Gandra; rillas (leve); Francisco Blanco (en un pie); don Baltasar Escobio (grave); don Aniano Grijalba, oficial del Gobierno civil; don A. Sierra; don Félix Víctor Gómez, guardia municipal, (en la cara); el comandante de la zona don Casimiro Campu, (en la cabeza); don Fructuoso González, (en una pierna y un brazo); el delegado de Hacienda, herido levemente en la cabeza y su señora en una pierna; comandante señor Moya; al Oeste del ario de Santa Lucía, fué herido un hombre en ambas piernas.

El comandante de Marina se encontraba á bordo de la lancha «Julietta», en el momento de ocurrir la explosión. El coronel señor Morales se ha encargado del Gobierno militar, y el señor don Victoriano Dórga, teniente de navio de la Comandancia de Marina.

En la Atalaya se recogieron gran número de familias, é innumerables niños fueron atendidos en muchas casas del Alta.